

RECENSIONES

CATTEL-DAVID, T.: *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War*. University of California. Press. Berkeley and Los Angeles, 1957; 204 págs.

Este libro, de evidente valor histórico por el examen de la situación internacional en los años de la preguerra, tiene un interés muy especial y vivo para los españoles. Merece un detenido examen. Su antecedente es *Comunism and the Spanish Civil War*, en que el mismo autor estudia la acción del comunismo y de la Unión Soviética en la guerra de España. En este segundo volumen, el profesor Cattel, de la Universidad de California, desplaza el eje de sus observaciones desde el ámbito doméstico de la lucha española, al campo de la política internacional. Analiza la acción de Rusia, a la luz de las relaciones diplomáticas y del juego de las alianzas.

El autor parte de un hecho claro; España, que habría jugado un papel secundario en la política europea durante los últimos tiempos, salta con el alzamiento de julio de 1936 al centro mismo de la encrucijada internacional y se convierte, desbordando su problema interno, en protagonista de una contienda más amplia. Es el primer chispazo de la tensión latente entre el bloque de los Estados democráticos y el de las potencias fascistas; a la luz de la historia reciente, es también el primer intento frustrado de la posterior expansión comunista; "en contraste (con los demás países) la Internacional comunista venía siguiendo desde hacía varios años los acontecimientos en España, a causa de su inestabilidad política y económica". Pero el autor rechaza esta última interpretación. El conflicto español se internacionaliza—según él—por la intervención alemana e italiana, indispensable para

derribar la República. Rusia interviene también, pero lo hace a la fuerza, para restablecer el equilibrio entre los contendientes.

A lo largo de XIII capítulos Cattel intenta demostrar esta tesis y desvelar el forcejeo diplomático que sirve de telón de fondo a la lucha entre los españoles. En la primera parte del libro expone la situación de las potencias europeas al iniciarse el conflicto. De un lado la política de poder de Hitler y el creciente empuje de Alemania en todos los órdenes, que amenazaba con romper el equilibrio europeo; los esfuerzos de Mussolini para reconstruir la supremacía de Roma en el Mediterráneo y hacer el Imperio. De otro lado, las potencias democráticas: Francia con un Gobierno de Frente Popular, gemelo del de Madrid, con puntos de vista e intereses coincidentes con los de Rusia y dependiente diplomáticamente de Inglaterra. Es por este arrastre por lo que Francia no se alinió más abiertamente del lado ruso en la contienda española. En Inglaterra, el *premier* Neville Chamberlain ensayaba la política de apaciguamiento; con relación a España su interés estribaba en localizar el conflicto y tratar de separar a Alemania e Italia para ganar tiempo. El instrumento de su política fué el Comité de No Intervención, creado en septiembre de 1936, al margen de la Sociedad de las Naciones, como resultado de las primeras ayudas extranjeras.

Entre estos dos bloques y sobre el carril de la política y del Comité de No Intervención, se mueve la diplomacia soviética.

Especialmente interesante es el capítulo IV donde se analizan las razones últimas de la intervención soviética en España. La causa inmediata fué la ayuda germano-italiana, pero la razón de fondo era mucho más honda. Rusia en 1936 se encontraba en situación poco firme, en el centro de una segunda revolución social, política y económica y en los comienzos de la gran purga, "Ya en 1936 la máquina militar alemana era superior a la rusa y la ventaja aumentaba rápidamente". La amenaza de las democracias al comunismo era puramente retórica y nunca, ni en la década 1920-1930, en que Rusia estaba prácticamente desarmada, habían intentado ninguna intervención. El peligro alemán era real e inmediato. El Ministro de Asuntos Exteriores soviético, Litvinof, no se cansó de reiterar la necesidad de poner fin a la agresión encadenada en Etiopía, la región Rhenana, China, Austria, Checoslovaquia y de afirmar que la Península Ibérica era vital para la seguridad de Europa. George Dimitroff, por su parte, desde la tribuna del Komintern proclamó en numerosas ocasiones que en España se estaba jugando la suerte del proletariado mundial.

Rusia intentó a toda costa no quedar aislada y quiso evitar el entendimiento entre las potencias democráticas y los países fascistas. Abierto el conflicto español, tenía tres alternativas: primera, integrarse en un sistema de seguridad colectivo con las potencias occidentales; los primeros pasos en esta dirección ya los había dado en 1934-5 con la firma del pacto franco-soviético, el ingreso en la Sociedad de Naciones y la organización de los Frentes Populares. La guerra española le proporcionaba la gran oportunidad para intentar que Inglaterra y Francia emprendieran una acción enérgica contra Alemania e Italia, por amenazar la seguridad occidental en la Península Ibérica. A conseguir esta finalidad dirigió todos sus esfuerzos, indirectamente desde el seno del Comité de no Intervención y abiertamente con la presión del partido comunista, que llegó a romper incluso la unidad del frente popular francés. Rusia trató de forzar al Gobierno de León Blum a tomar medidas decisivas en apoyo de la República Española. La segunda alternativa consistía en empeñar a Hitler en una guerra de desgaste, para distraer y retrasar la amenaza alemana hacia el Este europeo. "España estaba lejos de

Rusia y utilizando los trabajadores españoles, la U. R. S. S. no tenía que empeñarse en una guerra abierta con Alemania. Las tropas soviéticas podían permanecer fuera de la lucha, mientras que los españoles les le servían de mercenarios." Cuando los españoles no fueron suficientes, los comunistas se encargaron de reclutar las brigadas internacionales y de suministrar el material necesario para impedir el colapso. La tercera posibilidad, agotadas las dos anteriores, a pesar de todos los riesgos, era el pacto directo con Hitler. Esta es la aplicación del pacto germano-soviético, recién acabada la guerra de España; guerra que Rusia prolongó en 1939, cuando no había ninguna posibilidad de éxito, e incluso contra la voluntad de los mismos jefes republicanos españoles—caso del levantamiento del coronel Casado—para disponer de más tiempo y tener en las negociaciones un instrumento más de maniobra.

Estas tres alternativas fueron jugadas por Stalin, quizá en el mismo orden enunciado, y constituyen la clave de la diplomacia soviética y la explicación de los hechos que en el libro se narran. A lo largo de sus páginas asistimos al interminable forcejeo entre Rusia y las potencias del eje, a las mutuas acusaciones contradictorias, a los intentos de controlar las fronteras, retirada de voluntarios, etc. Cattel afirma que la U. R. S. S. actuó en España, no, como ella misma afirma, por altruismo, en defensa de un Gobierno legítimo, sino en función de su propia seguridad, en un momento de extremada vulnerabilidad. Pero por debajo de esta aparente imparcialidad el libro acepta sin discusión el planteamiento soviético. Aunque parezca mentira, esta obra publicada en 1957, explica la diplomacia soviética por las mismas motivaciones que pueden impulsar a cualquier Estado con intereses estrictamente nacionales: Bélgica o Dinamarca, pongamos por ejemplo. No se le ocurre pensar que el comunismo pueda ser una amenaza para el mundo occidental, ni admite la agresividad del Estado soviético, ni su afán imperialista o su interés en la subversión de los pueblos, como líder de una revolución mundial. Si bien es cierto que el autor maneja algunos de estos conceptos, no los hace valer a la hora de emitir los juicios definitivos y al dar la interpretación de los acontecimientos.

Seguramente porque le resulta personalmente simpática, Cattel, toma a priori partido por la España Republicana. Le parece

lógico que la U. R. S. S. interviniera contra los "generales rebeldes" y atacara la política de no intervención que en definitiva—según él—favorecía a estos últimos. El peligro de que Rusia quisiera implantar un régimen comunista en España, lo considera producto de la propaganda fascista. Los conservadores ingleses "preferían un régimen dominado por Alemania e Italia a la posibilidad de un Gobierno Comunista en España". El ministro inglés de Asuntos Exteriores consideró la gravedad de la intervención rusa en España: "Eden me dijo francamente (al ministro francés de Asuntos Exteriores, Delbos, en 1937) que él prefería el triunfo de Franco." Para Cattel todos estos testimonios, que él mismo aporta, no tienen ningún valor y ni siquiera los toma en cuenta. En otras ocasiones, con tremenda ligereza, se permite afirmaciones que hieren la carne viva de los españoles: "los leales con el apoyo de la mayoría del pueblo español...". Sienta el dogma gratuitamente y continúa.

En el capítulo de bibliografía se pone de manifiesto la imposibilidad de conocer las fuentes directas de la política soviética, por la orden de Stalin de prohibir el acceso a los documentos y por la misma eliminación física de la mayor parte de los jefes soviéticos protagonistas, en la gran purga. En contraste, las notas diplomáticas, las declaraciones de los políticos de la U. R. S. S. y los editoriales de los periódicos rusos, dirigidos hacia afuera y con fines muchas veces propagandísticos, se transcriben con profusión y forman la mayor parte del aparato crítico de citas y notas. Lo sorprendente es que todas ellas se admiten sin discusión, se dan por buenas y no se las somete al necesario contraste. Por ejemplo, para refutar la acusación de

Eden a los soviets, en noviembre de 1936, se transcribe el texto de *Pravda*, que lógicamente sostiene lo contrario. Para interpretar las declaraciones de Lord Plimouth, en junio de 1937, en el Comité de No Intervención sobre los envíos de armas, remite al lector a los editoriales de *Pravda* e *Izvesia*, dónde consecuentemente se absuelve a Rusia de toda la culpa. Así podríamos continuar los ejemplos. Los textos o documentos de los países del Eje son escasísimos y sus puntos de vista casi nunca se transcriben, son sistemáticamente rechazados, pues desde el primer capítulo y sin ninguna prueba concluyente, da por sentado que Alemania e Italia son las únicas potencias agresoras.

Al final, el autor se sorprende de que los vaticinios rusos—sobre los que asienta la tesis de su libro—no se cumplieran y de que al acabar el conflicto, las tropas extranjeras abandonaran España y ésta permaneciera neutral, fuera del Eje, en la inmediata contienda mundial. Pero corrige en seguida esta aparente equivocación soviética y declara: "cuando el colapso de Francia en 1940, Franco habría abandonado su neutralidad y habría entrado en el nuevo orden nazi, si Hitler no hubiera rechazado su oferta". Esta estupenda afirmación que ha tenido el valor de estampar en la última página del libro, nos revela hasta qué punto Cattel está dominado por el sectarismo o tiene nublada la vista para mirar las cosas de España. Lástima que no haya tenido tiempo de ver los documentos secretos de la *Wilhemstrasse*, publicados después de la guerra, dedicados a "Alemania y la guerra civil española" Esa radical incapacidad de percepción, es el principal defecto del libro.

José M. ALVAREZ ROMERO.

LORD HAILEY: *An African Survey. Revised 1956. A Study of problems arising in Africa South of the Sahara.* Issued under the auspices of the Royal Institute of International Affairs. Oxford University Press, London, New York, Toronto, 1957; 1 vol. de 1676 págs. XXVIII, con 13 mapas (2 fuera de texto).

La mayoría de nuestros lectores o cuan- do menos aquéllos para los que ofrecen interés los temas africanos, han oído hablar de la monumental obra de Lord Hailey, única quizá en su género; porque la colectividad dirigida por Hugo Bernatzik (*Afrika Handbuch der augewanten Völker-*

kunde), publicada en 1947, sólo es parangonable por sus dimensiones; los objetivos son distintos, ya que en la obra del sabio etnólogo austriaco se notaba el predominio de las llamadas "ciencias del hombre" y en la del conocido escritor británico lo acusado es su capacidad compilatoria y ana-

lítica de datos sobre los aspectos vivos del África negra, y su conocimiento directo de muchos de los correlativos problemas abordados. Las otras obras que podían parangonarse—las de Méndes Corrêa, Westermann, Pedrals, etc.—, son de menor volumen. En definitiva, sigue siendo válida la apreciación de *Problèmes de l'Afrique Centrale*, cuando con referencia a la primera edición del libro, consideraba que no existía nada semejante que pudiera obviar la consulta de la gran obra que examinamos, con todo su complejo conjunto de grandes méritos, y menores, pero no insoslayables, defectos. Vamos a tratar de que el lector, el presentarle dentro de razonables límites de extensión, lo que es, deduzca por sí cuáles son unos y otros.

La primera edición del *African Survey* se publicó en 1938, cuando tan diferentes eran los panoramas mundial y africano, de los actuales. Reimpresa en 1939 y 1945, sin corrección o modernización alguna, el autor emprendió en 1951 la ardua tarea de reelaborar la materia poniéndola al día. Que no le faltaron colaboraciones técnicas, ni medios materiales, está probado por la amplia lista de "gracias" que encabeza la otra. Por nuestra parte añadimos, que facilitamos al ilustre autor todos los datos que nos pidió sobre la Guinea Española, y aún otros no solicitados. Por ello nos duele, no el pequeño espacio dedicado a nuestra pequeña provincia subsahariana, sino lo desigual de los datos seleccionados e incluidos (política general, bosques, educación, sanidad), en relación con los omitidos; y sobre todo, la inserción de datos anticuados o erróneos, incluso para cuando apareció la primera edición. Sin duda, la naturaleza humana es limitada, y sus producciones monumentales son como esas urbes históricas más bellas en su contemplación de conjunto y alejada, que cuando se recorren a través de ciertos itinerarios. Y es que el libro da una preferencia coprensible al África británica sobre las otras, desigualmente compendiadas. Esta edición incluye (además de la Guinea Española) a la Liberia. Pero sigue faltando Madagascar y su constelación vecina, aparte del mundo confuso del Sudán (aludido al tratar de los riegos del Nilo). Las Somalias y Etiopía, que no están ni al norte, ni en el centro, ni al sur del Sahara ni en el libro. Antes de entrar en la materia propiamente dicha, la obra inserta datos sobre la equivalencia de pesas, medidas y

monedas, las abreviaturas empleadas, y la pronunciación de nombres africanos.

Luego vienen veinticuatro capítulos, el primero de los cuales se consagra al conjunto físico: configuración, características y climas; metereología; reconocimiento, cartografía y geofísica; registros y topografía; estudios e investigaciones y empleo de los técnicos en geografía. El segundo capítulo, bajo el título de "Los pueblos africanos", parte de la clasificación de Seligmanns, dividiéndolos en cuatro grandes grupos según su colocación geográfica, que no siempre supone afinidad. Sus características mentales y físicas: índices craneales, grupos sanguíneos, locura, *test* mentales. El desarrollo y estado de los estudios de la vida social africana, y los métodos de la antropología social practicada; las instituciones de investigación (en la breve e incompleta referencia a las españolas se confunden dos publicaciones de títulos parecidos). La música y el arte africanos. Falta un estudio especial sobre las confesiones y sectas de África.

A la lingüística se consagra el Capítulo III: problemas de clasificación, ortografía y empleo oficial, especialmente educativo; instituciones de estudio o investigación filológica. A la demografía el IV Capítulo: estadísticas y registros; técnicas, limitaciones y dificultades; datos comprobados y cálculos estimados. Crecimiento global de la población y sus repercusiones. "Objetivos políticos y sociales" es el prometedor título del V Capítulo: que parte de la convencional oposición entre la "identidad" y la "diferenciación" como polos extremos de la gama apreciable de políticas en simultáneo desarrollo. La materia se desenvuelve por países partiendo de la Unión Sudafricana hasta Liberia; al final se dedican sendos estudios especiales a los intereses internacionales en las Colonias, y al espíritu pujante del africanismo. Quizá estos estudios podían ser los más directamente interesantes para los internacionistas y debemos prevenirlos contra la desilusión. Porque Lord Hailey es un gran africanista, pero no un *ius-internacionalista*, y su exposición de los sistemas de mandatos y fideicomisos, y en general, de los problemas que suscita la acción de la O. N. U. en África, así como la oleada de movimientos nacionalistas, es puramente descriptiva; algo superficial, por supuesto no exhaustiva, y un poco ligera en cuanto al análisis de criterios y doctrinas. Con todo,

ya es bastante que no contenga errores de bulto. La materia política continúa en el capítulo VI, "Sistemas de Gobierno" que tras una breve introducción sobre su significado y formas, se fracciona territorialmente en estudios muy desiguales en cantidad y hasta en calidad; el lector nota un cierto atraso en los datos incluidos, porque sólo alcanzan, y no por completo, al final de 1956, con lo que dejan fuera de *Loi-Cadre* básica del Africa Negra francesa, y sus decretos de desarrollo. Al final del capítulo se estudia el problema de la burocracia oficial. Debería seguir el capítulo VIII, consagrado a la Administración de los Asuntos Africanos, que es de los mejores—Lord Hailey publicó no ha mucho cuatro sustanciosos volúmenes sobre la Administración Indígena en Africa Británica—y muestra el rápido tránsito consumado entre 1938 y 1957, del viejo sistema de "administración indirecta" con jefes y autoridades tradicionales al neo-asimilismo democrático y autonomista, de corte moderno, rebautizado como "Administración Local"; estudio especial tiene el problema de las urbes africanas. Sin embargo, antes que ese Capítulo viene otro, el VII, sobre las Comunidades inmigrantes no europeas (indios, árabes y otros orientales) que se nos antoja llamado a mezclarse con otros en las próximas ediciones del libro; por ejemplo, el consagrado a los problemas sociales, ya que ese carácter ha de tener, cada vez más, la presencia de los inmigrantes no europeos. En fin, el capítulo IX, se consagra al Derecho y la Justicia, explicando sus fuentes y los problemas de la conciliación entre sistemas jurídicos tan diferentes, para no escribir opuestos, como los importados y los tradicionales. Como se ve falta un estudio especial de Africa en el cuadro de las relaciones jurídicas internacionales.

Las cuestiones económicas están fragmentadas y su desarrollo presenta algunos saltos: A la financiera se consagra el Capítulo X, "Imposición Directa", en el cual se usa una distinción entre la tasación de los africanos y de los no africanos, más válida en ciertos territorios británicos que en los de metrópolis europeas continentales; la materia presupuestaria queda un tanto hurtada a la atención del lector. Un largo capítulo merece la Tierra y sus problemas, dividiéndolo en dos partes: políticas inmobiliarias y rurales en general; reservas indígenas, colonizaciones europeas y cambios en los sistemas indígenas de tenencia.

Como el lector sigue viendo, predominan los conceptos preconcebidos ante los criterios clásicos anglosajones. Más descriptivo y menos discutible es el capítulo XII "Agricultura y Ganadería" que presenta las contribuciones europeas y africanas, los principales cultivos, sus métodos, investigaciones y mejoras, la lucha contra las plagas y pestes, las pesquerías, las reservas y parques venatorios. A los bosques se dedica el Capítulo XIII, que los estudia, así como su renovación, explotación, introducción de nuevas especies, reservas y cooperación. Breves son los los siguientes Capítulos XIV y XV, sobre el Abastecimiento hídrico y la irrigación, el primero, y la conservación de los suelos, tan amenazada en ciertas regiones africanas, el segundo. Más amplio es el XVI, "Higiene", en el que se señala cómo se colorean los problemas sanitarios por las condiciones del medio, y cómo los servicios oficiales se plegan a las circunstancias, utilizando cada vez más el concurso indígena—aunque el empleo creciente de este concurso puede igualmente apreciarse en las otras actividades, públicas o privadas—y la cooperación internacional. Contiene este Capítulo un denso resumen sobre las principales endemias tropicales.

El delicado campo de la educación, constituye el contenido del extenso Capítulo XVII: políticas educativas en presencia; comparación de formaciones y de objetivos; prensa, radio y cine. Vuelve el libro a lo económico en el Capítulo XVIII, "Desenvolvimiento económico", o sea, tendencias en la producción, industrialización, tipos de crecimiento, niveles vitales y cargas públicas. La materia se sigue en el Capítulo XIX, sobre los planes y programas de fomento, tan en uso desde 1945; un acierto del autor ha sido destacar la actitud y el papel del nativo ante esos planes, que afectan grandemente—y no siempre consideradamente—a sus intereses. Los problemas del trabajo, nutren el Capítulo XX, que parte de la clásica carencia de mano de obra, para estudiar el uso de substitutivos (forzados, importados), la tendencia a la estabilización laboral y a la mejora de la preparación y del rendimiento, las salarios, sanciones penales, disputas y arreglos; "pases" laborales; bienestar, y finalmente, la acción internacional tan decisiva en este campo merced a la O.I.T. También es social el contenido del Capítulo XXI, (Cooperativismo) que denota la importancia

RECENSIONES

que el autor le atribuye como instrumento de acción social.

El libro retrocede a lo económico en los dos Capítulos siguientes XXII y XXIII; el primero sobre la minería, sus industrias derivadas y problemas—régimen legal, geología, tributación—, y el segundo sobre transportes y comunicaciones (acuáticos, férreos, rodados, aéreos) y su coordinación. En fin, el último capítulo, el XXV, se centra en la Organización de la investigación sobre Africa, destacando sus grandes cambios, y el auge de la de carácter internacional o coordinado. Un índice escrupuloso, aunque no excesivamente pormenorizado, cierra el volumen de cuyo contenido hemos intentado informar a nuestros lectores.

Un sentimiento de dificultad nos embarga, al intentar dar una impresión final de conjunto; y ese sentimiento se trueca en neta conciencia de la imposibilidad de criticar en breve espacio, un contenido de proporciones tan enciclopédicas como las de este *African Survey*. Nos parece que el autor, aparte de esa inevitable preferencia por la acción y los métodos británicos, ha captado con mayor claridad algunos de los recientes cambios y tendencias, en la acelerada evolución de Africa, que otros de los que, sin embargo, ha hablado. Para Lord Hailey, forjado en la India británica y luego en Africa, durante una época de absoluto *Western raj*, lo que sucede ahora es perfectamente conocido; pero no por ello dejará de desconcertarle—mentalmente se entiende—y de provocar ideas de armonía delicada. No es a él a quien únicamente debe haberle sucedido ello. Pues pese a su

concienzudo cuidado, el fenómeno se refleja involuntariamente, y hasta silenciosamente, a través de algunas de sus páginas. Africa marcha demasiado aprisa para la adaptación de la generación ya consagrada en 1939. Ciertamente, el libro ha querido describir e informar, más que tomar parte o polemizar; y ha conseguido bastante bien estas finalidades. Pero su contenido nos revela que no existe trabajo por impersonal y objetivo que sea, que pueda esquivar el impacto de los remolinos que originan los problemas vivos con los que se topa. Por otra parte, el ideal más fácil de enunciar que de realizar, hubiera sido tener a su vez, un libro expositivo documental y conceptual. Lord Hailey ha hecho todo lo humanamente posible en ese sentido; por lo menos, que sepamos, nadie lo ha hecho mejor que él. El libro además ofrece otro interés: enseñar al que quiere aprender, cómo conducen los asuntos africanos los que tienen una experiencia y un balance de su gestión claramente satisfactorios. Mucho deseáramos que en este aspecto tenga los convenientes lectores hispano-parlantes.

En conclusión, en las bibliotecas de los dedicados—por el motivo y en las condiciones que sean—al continente africano, no puede faltar este denso volumen de consulta, que por la difusión universal de la lengua inglesa, resulta más accesible que el de Bernatzik, escrito en alemán, con muy ligeros resúmenes franceses e italianos. El *African Survey* difícilmente pasará de la fundamental categoría que al presente tiene.

José M.^a CORDERO TORRES.